

**DE LA EDAD DE PIEDRA...
A LA EDAD DE LA INOCENCIA**

Franz Flórez
Santiago Mora
María Isabel Patiño

“Antes de la historia puede decirse que todo era prehistoria.” Eduardo Torres, 1955.

A primera vista la sencilla sentencia del Doctor Torres puede parecer tan evidente y clara que resulta risible repetirla. Ojalá fuera así. Bajo esta actitud bien intencionada y cándida se esconde la creencia de que la división del trabajo entre arqueólogos e historiadores es una división real de la historia. De este modo surgen problemas que se suponen propios de la arqueología o de la historia. Una vez diferenciadas las ciencias éstas demarcan territorios - problemáticas, temas - al interior de los cuales los hechos humanos son partidos en segmentos que se agrupan y reagrupan. ¿Quién podría confundir la historia con la prehistoria?

En las siguientes páginas hablaremos sobre uno de esos problemas a los que se les atribuye la calidad de objeto de estudio. Conservamos la esperanza que exista en él algo interesante o provechoso que discutir; especialmente cuando es visto en el contexto de la arqueología colombiana. Nos referimos a la construcción y utilización de síntesis y periodizaciones, ya sea como relatos histórico-nacionales que terminan en el presente, como esquemas explicativos que permiten entender el pasado, o como guías para la comparación de informaciones.

Indudablemente cualquiera que sea el uso y el propósito con el cual estos esquemas son contruidos, “cargados” y difundidos por los historiadores, arqueólogos y políticos, siempre se encontrarán en el centro del debate sobre la forma en la cual vemos o queremos ver nuestro pasado y nuestro presente. En realidad la

discusión sobre el pasado debe iniciarse preguntándose ¿qué espero de él ?

La Historia sin fin(alidad)

“El papel de la historia como ideología se eleva como un obstáculo formidable para la realización del papel de la historia como ciencia” Pereyra, 1982:23

Podría decirse que la historia puede tener un sentido en sí misma. Sentido que es preciso revelar en la medida en que puede enseñarnos acerca de nosotros mismos: “el pueblo que no conoce su propia historia está condenado a repetirla”, reza la conocida sentencia. Pero “pueblo” e “historia propia” no son inquietudes ni categorías en esencia académicas sino políticas. El suponer que la historia puede tener un sentido tal vez nos está guiando hacia algo (el cielo, el infierno, el socialismo, el capitalismo, la civilización, o el apocalipsis atómico). O tal vez, conociendo la historia podamos guiarla hacia algo como puede ser la modernidad, la posmodernidad o la *new age*, según se quiera. Evidentemente la escritura, relato e interpretación de “sucesos históricos” es susceptible de tener una *función* política (Chesneaux 1979; Dosse 1988; Fowler 1987; Patterson 1996; Trigger 1984; Villoro 1982), más llamativa y popular que el *uso* científico que se le puede dar a los mismos datos. Desde el punto de vista político se demanda (aquí y ahora) un discurso “científicamente sustentado” (racional) que “interprete” un momento coyuntural (actual o conmemorado) que coloca (ayer y hoy) en tela de juicio los valores y principios que sustentan un estado y que “prehistóricamente” justifican su existencia y organización. Es decir, la (pre)historia (sea “oficial o “nueva”) surge, se define, escribe y enseña en función de la construcción del Estado (Trigger 1984). Por eso para los grupos que mal o peor viven de y en él (y para los que escriben de ellos) resulta un “logro” casi existencial que la “nueva historia” se ocupe de ellos. Esa actitud narcisista ayer privilegio de los “padres de la patria” es hoy democráticamente compartida por “los de abajo”: indios “acul-

turados”, negros “invisibles”, obreros “desclasados”, estudiantes “oprimidos”, entre otros.

Consideramos que antes de la función política que puede cumplir la escritura y lectura de la historia - al aportar respuestas a demandas actuales y en el caso de la arqueología al crear el mejor de los pluriétnicos y multiculturales pasados posibles, si es que ese es el caso de la arqueología colombiana - tenemos que hacer de ella un puente que trascienda las fronteras generacionales y geográficas y nos ayude a modificar las viejas preguntas en lugar de seguir buscando “nuevas respuestas”. Por ende no creemos que el manejo político de la historia, que justifica o legitima el presente y que a su vez se toma como la base para un futuro (del cual no se pueden dar otras garantías diferentes a la fe o las buenas intenciones de una clase dirigente o el *laissez faire*) pueda conformarse o ajustarse al ritmo y las tácticas propias de una investigación histórica.

La preocupación por el sentido de la historia y la definición de los “períodos históricamente significativos” emparenta a figuras tan diversas como San Agustín - y sus seis edades -, C. J. Thomsen - con el sistema de las tres edades - y George Bush - con el nuevo orden mundial -. Todos ellos han visto en la historia, con sus síntesis y sus periodizaciones, la herramienta para “interpretar” y atender remedialmente coyunturas y demandas sociales. Se busca justificar ciertos eventos (la muerte de un Mesías, la presencia de “piedras del rayo” o la caída de algún muro), que por sí solos carecerían de sentido, tomando como base un pasado organizado gracias a periodizaciones de sucesos con una coherencia interna. De esta manera se hace imperativa y común a historiadores y arqueólogos la necesidad de distinguir y definir esa clase de períodos.

Esto bien puede llevarnos a trazar una gran diferencia entre historiadores y prehistoriadores, diferencia que ya había notado el Doctor Torres. Esta supone que en el tipo de documento del cual se nutren radican sus divergencias: los textos, evidentemente, hablan más que las piedras y los tiestos (por lo general se les pregunta lo mismo). Más allá de lo que unos y otros digan, o se quiera leer en ellos, parecería que el punto de divergencia no serían las fuentes sino su posición cronológica respecto a aquello que nos interesa: el presente y el futuro.

“Quienes participan en la historia que hoy se hace están colocados en mejor perspectiva para intervenir en su época cuando mayor es la comprensión de su origen. Planteada así la función central de la historia, resulta claro que el estudio de los últimos cien años tiene más repercusiones que el de los siglos y milenios anteriores.” (Pereyra 1982:21).

También es posible establecer diferencias a nivel de la prehistoria, según quien la ejerce. Para el historiador o prehistoriador - si se quiere - europeo las divisiones de su historia enmarcan problemas que se prolongan en el tiempo mucho más allá que para el americano. Para este último la historia no es universal sino “eurocéntrica”. Su “historia propia”, o mejor dicho su antecedente prehistórico, no comienza ni en el Jardín del Edén, ni en la Garganta de Olduvai, sino en el estrecho de Bering: por allí se supone arribaron de Asia los “primeros pobladores” al “nuevo” continente. El momento, en términos de su antigüedad, para este ontogénico suceso es aún tema de debate (Ardila y Politis 1989; Bateman et al. 1990; Greenberg et al. 1986; Marshall 1990). Además de las discrepancias en la profundidad cronológica está la relación de continuidad que se puede crear con el objeto de estudio. El arqueólogo europeo cuando excava establece una relación directa basada en una supuesta evolución local de la cual él es el último eslabón. El norteamericano excava en su tierra otras culturas, aquellas de quienes fueron exterminados o reducidos y sometidos, pero con quienes no se tiene más que una relación fortuita consistente en la ocupación de un mismo lugar en épocas diferentes. Entretanto el latinoamericano se balancea entre estas dos posiciones, en un conflicto que tiene indudables consecuencias en los métodos que emplea para recuperar la información y manejarla.

La concepción y los diversos nombres que se le han dado a la época del poblamiento en las numerosas síntesis de la Prehistoria americana como: pre-puntas de proyectil, nódulos y lascas, Paleoindio, Protolítico, Lítico inferior, Arqueolítico, Precerámico, Preagrícola son una herencia de la forma como se concibió en Europa la historia anterior a la conocida por la escritura. La “pre-

historia Universal” o la “Edad de Piedra” ya no es una concepción “eurocéntrica” sino occidental y judeocristiana.

En Europa la palabra prehistoria o la noción de Edad de Piedra apareció en los diccionarios hacia mediados del siglo XIX. El “sistema de las tres edades” originalmente no era ningún sistema ni tenía tres edades pues surgió como un medio para clasificar en piedra, bronce y hierro los objetos del Museo Nacional de Dinamarca, inaugurado en 1819. Esta labor estuvo a cargo de C. J. Thomsen que publicó en 1836 la “Guía de Antigüedades Escandinavas”. En el texto, la clasificación y las etiquetas que identificaban los objetos en vitrinas de acuerdo a su material se interpretó en términos cronológicos y así nació la primera periodización de otro “nuevo mundo”: la prehistoria. Cuando esta noción se extendió por Europa se comenzaron a “encontrar” las “tres edades” y se afianzó la creencia según la cual la humanidad había pasado en todas partes por estas etapas. La noción de unas etapas homogéneas y no contradictorias “confirmaba” que el progreso de todos podía ser igualmente homogéneo y coherente. De esta forma, todas las sociedades participaban de una historia Universal con un camino (el progreso) y un destino (la civilización).

Por la época en que Thomsen le daba un orden a los objetos reunidos al azar por los anticuarios, en América se presentaba un proceso de descolonización o “independencia” como lo llamaban los más optimistas. La libertad en el sentido administrativo de las antiguas colonias no significó, claro, la libertad para escoger los principios que fundaran un nuevo orden social. El “progreso” de la revolución industrial se hizo palpable en algunos países de Europa y comenzó a ser tomado como modelo en América; lo “indígena” se identificó con lo “prehispánico”, como lo no civilizado que gracias al progreso podía llegar a serlo (cf. ley 089 de 1890 sobre legislación indígena). Entretanto, la historia de los nacientes y balbuceantes Estados-nación se comenzó a escribir en castellano, portugués, francés e inglés (y no en maya, chibcha, aimará o quechua), porque eran las lenguas que hablaban los herederos de los que ganaron las guerras. La historia de los Estados-nación en América, que comienza a ser escrita en el siglo XIX, propone una versión secular del génesis al darle inicio a la historia-nacional con el viaje de Colón, y más propiamente con el siglo XVI, porque desde esa época se cuenta un marco de referencia territorial

producto de ciertas condiciones jurídico políticas conocidas y registradas por escrito.

Pero ¿qué validez tiene conservar como universo de análisis esos mismos límites para estudiar la historia “prehispánica”? Científicamente no tiene ninguna, pero políticamente es una sutil y eficaz herramienta para hacer de la escritura y lectura de la historia una terapia. Es decir, la historia intenta restaurar y justificar un mito moderno; la obsesión por la identidad, cultura o el patrimonio cultural “nacionales”. Tal obsesión es una contradicción moderna porque es la búsqueda de “una” identidad “histórica” homogénea en una época que rinde culto al “futuro” y la “diversidad”.

En países como Colombia, a diferencia de aquello que había ocurrido en Europa, la construcción de la prehistoria no partió de la consideración tipológica que ubicaba los artefactos en una columna cronológica. Aquí se empleó la estrategia opuesta: los artefactos fueron ubicados horizontalmente en el espacio asignándoles un nombre, que además de resaltar lo autóctono los vinculaba con un grupo indígena que había sido testigo del minuto cero de la historia colombiana. Así se dio orden a los museos al tiempo que surgían y se fortalecían categorías como Pijao - i.e Cubillos (1946), Lache - i.e Silva (1945a), Calima - i.e Dussan de Reichel (1966), Panche - i.e Arango (1974), Quimbaya - i.e. Duque (1970), Pérez de Barradas (1966), Chibcha -i.e Jaramillo (1946), Haury & Cubillos (1953), Silva (1968), Triana (1922), Pérez de Barradas (1958), Tolima - i.e Pérez de Barradas (1958), entre otras. Actualmente, estos criterios persisten en los guiones de algunos museos, el ordenamiento de vitrinas, la catalogación de objetos del “patrimonio cultural”, y en los manuales de historia usados en los colegios, donde estas divisiones se ven como lo más natural. Adicionalmente esto ha servido para justificar una reseña etnohistórica que permitía acompañar con textos los materiales. Estas son construidas con las etnocéntricas visiones de los sorprendidos viajeros o cronistas: el testimonio vivo de la historia le devolvería la vitalidad perdida al insensible objeto del frío Museo. Sin embargo, tan elegante estrategia no es del todo exitosa: es innegable que los objetos no pueden hablar por sí solos, ya que al otorgarles una autonomía artificial sobresale su papel artístico (en tanto obra creativa) y no histórico (que depende del contexto), así, resulta inevitable hablar *de* y no *con* ellos.

Si bien esta visión horizontal y taxonómica de la historia era apenas lógica cuando la riqueza del sincrónico detalle etnohistórico hacía “irrelevante” pensar en términos de profundidad cronológica, es curioso que siga siendo usual cuando se acompaña de cronologías que hacen sospechar que probablemente no existió ninguna relación entre los eventos que se intentan hilvanar en el relato. Es claro que este aspecto no revela la habilidad de los arqueólogos para el manejo de la analogía, sino el desconocimiento del sentido, papel y naturaleza de la misma. Cuando el registro de materiales cuya posición estratigráfica y tipológica hacía evidente una mayor antigüedad que aquella asignada a los grupos identificados en las crónicas, fue necesaria la creación de las categorías “pre”. Así los museos y las secuencias cronológicas locales se poblaron de términos como pre-Muisca, pre-Tairona etc.

En 1965 sale a la luz pública el texto “Colombia” de Reichel-Dolmatoff, la primera síntesis moderna de la historia prehispánica de Colombia. Una autoridad dentro del exótico e inquieto gremio arqueológico anuncia con no poca euforia que la arqueología (prehistoria la llamo él) de Colombia ha llegado a la “mayoría de edad” (Lathrap 1966). Su apreciación falló. No era precisamente la arqueología colombiana sino a lo sumo un arqueólogo el que había llegado a la “mayoría de edad”. Reichel-Dolmatoff concibió y modificó un esquema evolutivo prehistórico nacional que comenzaba con las puntas de proyectil de cazadores-recolectores y terminaba en el siglo XVI con los “pre-estados” Muisca y Taironas. Hasta hoy ese esquema continúa aceptándose como la explicación, si puede llamarse de esa manera, más acertada, coherente y digna de discutirse y/o presentarse a legos y especialistas. Para Reichel-Dolmatoff este esquema, desde sus versiones iniciales constituía un modelo en el cual solamente era necesario buscar un mayor número de datos para algunos aspectos.

“La evidencia para estas diferentes etapas, desde los cazadores-recolectores paleoindios a los cacicazgos y a la federación de aldeas, está lejos de ser completa, pero está suficientemente bien definida para un buen número de sitios para permitimos trazar las líneas generales de desarrollo. No obstante que algunas regiones se encuentran aún inexploradas y muchos aspectos de las

etapas principales se encuentran inadecuadamente conocidos, el esquema general presentado.. se encuentra razonablemente bien fundamentado” (Reichel-Dolmatoff 1972:135).

La aparente solidez y coherencia de este sistema de etapas permitió que siguiera usándose. A partir de él fue posible que el tiempo pasado y más concretamente esa poco explorada “Colombia indígena del período prehispánico”, se convirtiera en uno de los últimos manantiales de valores (pluralismo cultural, respeto mítico por la naturaleza y diversidad étnica) que trascienden las diferencias de credo, clase, sexo, etnia-cultura-raza o trabajo. En resumen, el pasado prehispánico viene a convertirse ante el público en el “antecedente” que “justifica” la “construcción de una comunidad nacional basada en el pluralismo cultural y étnico” (Pineda, 1994:11). No obstante, se hacen evidentes algunas grietas en este muro que funde la política, la historia y la prehistoria para respaldar la idea de Nación compuesta por la diversidad, pero unificada por un trayectoria ordenada, coherente, lineal, sin coyunturas ni discontinuidades.

En efecto, los esfuerzos que permitieron una síntesis con diversas etapas perdieron validez, ya que más que haber sido utilizadas como puntos de partida para la discusión crítica y corroboración empírica de hipótesis, modelos y teorías, se transformaron en camisa de fuerza. Así se comenzaron a citar literalmente los componentes de la propuesta de Reichel-Dolmatoff como si fuera la visión de un cronista. Sólo que ahora eran parte de un esquema que se ajustaba a los objetivos de una construcción histórica nacional.

De este modo llegamos a una de las preguntas sobre el tema de la evolución prehistórica de Colombia que motivó durante un poco más de tres décadas (1953-1986) a Gerardo Reichel-Dolmatoff (1986:9). Para este autor se trata de una pregunta, engañosa pero justificada ¿por qué los pueblos prehistóricos de Colombia no lograron un desarrollo similar al de sus vecinos de México y Perú?” (Reichel-Dolmatoff 1986:15).

Desde luego la pregunta inversa también se puede hacer: “¿qué necesidad tenían los pueblos prehistóricos de Colombia de alcanzar un desarrollo similar al de sus vecinos de México y Perú?”

(Uribe, 1987:137). Lo curioso es que estas preguntas son las dos caras de una misma moneda, ambas resultan engañosas y aunque se justifican no resultan válidas. En esencia el tipo de preguntas que se hacía Reichel-Dolmatoff o la “contrapregunta” que se le puede hacer, era un problema de valoración, no un problema de evolución “histórica”. Una “guía” que se reconoció (y se reconoce) como tal no para seguirla sino para llevarla, porque nos dice lo que esperamos escuchar. El problema es que sobre la primera pregunta-pedestal se levantó buena parte del monumental trabajo de síntesis de Reichel-Dolmatoff. No intentaremos cambiar el pedestal ni restaurar el monumento, sino recordar que los dos conforman la versión más reciente y ampliamente documentada de la “Guía de Antigüedades” de Thomsen. Tanto Reichel-Dolmatoff como Thomsen brindaron un mapa del pasado que le otorgó un orden y un sentido a objetos, sitios arqueológicos o acontecimientos que hasta ese momento valían por lo que eran y no por el sitio donde ocurrían o se presentaban. El complemento perfecto para esta historia “pre” (colombiana, hispánica) aparece cuando se le otorga el mismo carácter que Tucídides le dio a la historia y que sobrevive hasta hoy: “la historia son los hechos dignos de recordarse”. Así, los “Muiscas” o los “Tairona” fueron “estados incipientes” y por lo mismo comparables y valiosos como los “Incas” o los “Mayas”. Por lo demás, el “patrimonio cultural prehispánico” viene a ser lo que es digno de exhibirse. Por esa vía se constituye una de las confusiones más corrientes e “imperceptibles”: la de equiparar una exposición didáctica con la explicación científica, la una permanente y la otra efímera.

Pero entonces cabría preguntarse ¿qué harían los arqueólogos, en este caso colombianos, si no contaran con “un esquema de etapas evolutivas sobre la evolución prehistórica de Colombia?” Sería el caos, no habría un lenguaje común con el cual comunicarse, no habría una manera formal de definir el patrimonio cultural en donde se materializa la identidad nacional, no existiría una manera de saber si hemos o no avanzado en el conocimiento de toda “aquella prehistoria que se encuentra sumida en la inmensa oscuridad”. O tal vez no.

Comunicarse no significa utilizar las mismas palabras o acceder a la misma información sino compartir las mismas preguntas y eso no depende directamente de la proximidad espacial o

temporal. Por eso las reformas propuestas a la periodización de Reichel-Dolmatoff son equivalentes a las que se le practicaron en su momento al “sistema de la tres edades” de Thomsen: límites temporales, nomenclatura, otras subdivisiones, el contenido de los períodos, la relación entre secuencias locales y extraregionales, etc. (Daniel 1962; 1987; Llanos 1987a; 1992b; Gnecco 1995b; Nieuwnhuis 1993; Lippi 1987; Groot 1989; Cárdenas 1987; Uribe y Mora 1991). Las etapas, culturas y demás subdivisiones, ayudan sin duda a clasificar el patrimonio cultural prehispánico; pero este viene a ser todos aquellos objetos “dignos de exhibirse o conservarse” y atribuibles a alguna cultura, etapa o área arqueológica “significativa”. Si el objetivo de las excavaciones y clasificaciones es estudiar, conservar y restaurar “el patrimonio de la nación”, los arqueólogos no tienen que molestarse en estudiar ciencias sociales sino jurídicas. El “patrimonio cultural” como se ha definido y usado no es una categoría que se pueda problematizar de tal forma que con ella obtengamos un conocimiento sistemático del pasado. Su reino no es del mundo arqueológico sino del jurídico. Sin embargo, al asumir que “el patrimonio” es un comodín que puede servir a dos señoras (la ciencia y la política) surge una ambigüedad cuya irresolución y administración se hacen patentes en las diferencias de criterio para evaluar los trabajos de arqueología. Si lo “patrimoniable”, lo que “merece conservarse”, son las conclusiones de tales trabajos, bien podría escribirlas un anticuario con asesoría bibliográfica de un arqueólogo. Es que el patrimonio no puede seguir siendo considerado como “la colección de objetos con valor estético y cierta antigüedad”. En la definición del mismo debe estar la contextualización e interpretación que le de sentido; de otra forma es sólo historia del arte.

Y en cuanto al conocimiento de algo que, en rigor, ya no existe, que fue cambiante y dinámico y de lo cual logró sobrevivir una escasa evidencia a través del tiempo, el reto intelectual es ciertamente estimulante. Se trata de darle movimiento a unos materiales estáticos, dispersos y fragmentados. Para hacerlo hay dos posibilidades: relatar en detalle los eventos a los que estuvieron vinculados esos materiales tomando como marco de referencia una región, un período o una cultura más o menos definidas o, disponer de un enfoque para el cual su universo de análisis no es ni un período, ni una región, ni una cultura en especial sino las

regularidades de la historia. En el primer caso se aspira a disponer de una evidencia directa e incuestionable. Los arqueólogos partidarios de esta posición advierten que es muy fácil equivocarse “dado lo fragmentario de las evidencias”. En consecuencia sólo sabremos si estamos equivocados “cuando haya suficiente información”. La segunda posición implica asumir que la diferencia entre el conocimiento científico y el mítico es que el primero se basa en hipótesis sometidas a la crítica y el segundo, en hipótesis cuya validez ha sido “probada” por la evidencia.

La Edad de la Inocencia

Probablemente el único autor de la pasada década que intentó construir una arqueología más allá de las crónicas y, al mismo tiempo, se preocupó porque éstas no se ajustaban a las categorías de la evolución social (abstractas y visibles en el largo plazo) fue Reichel-Dolmatoff. Este autor planteó un modelo evolutivo con variables (guerras, oferta y cambio ambiental, cultivo de granos y raíces, jerarquización social en términos de acceso a conocimientos esotéricos) y relaciones entre variables que le dieron un nuevo valor a sucesos en apariencia desconectados de la continuidad de una evolución histórica. Sin embargo, al hacer equivalentes los criterios de la historiografía del siglo XVI y XVII sobre desarrollo y organización social con los manejados por él para explicar la evolución social en forma comparativa en el XX, las descripciones de las crónicas le hicieron creer que existía una paradoja que anotó en su texto “*Arqueología de Colombia*”:

“Si evaluamos la cultura Muisca sólo según la cantidad de sus vestigios materiales que se han hallado hasta hoy en los yacimientos arqueológicos, difícilmente les atribuiríamos un nivel tan avanzado como aquel que les asigna la literatura histórico-arqueológica, antigua y aún moderna. Tomando rasgo por rasgo: arquitectura, urbanismo, funebria, cerámica, metalurgia, etc., queda evidente que varios cacicazgos del valle del Cauca, de la cordillera Central, o de la costa Caribe habían logrado un desarrollo similar y aún superior al Muisca. Las fuentes

nistóricas muestran que, en términos de cohesión social y eficiencia económica, los Muisca ciertamente habían evolucionado más allá del nivel de los grupos vecinos, pero los datos arqueológicos no confirman aquella imagen dada por los cronistas, de una sociedad verdaderamente más avanzada que sus contemporáneos. Hay que admitir que los datos arqueológicos aún son escasos; también se debe tener en cuenta que muchos avances de los Muisca tal vez se lograron en dimensiones en las cuales no podrían conservarse vestigios materiales para el registro arqueológico; pero no deja de ser extraña esta aparente falta de evidencia material de rasgos culturales avanzados” (Reichel-Dolmatoff 1986:169-170).

Lo paradójico es que la “aparente falta de evidencias” no era, ni es, un problema de un “avance logrado en dimensiones ajenas al registro arqueológico” sino de la ecléctica y particular noción que tenía Reichel-Dolmatoff de la evolución. Nociones como “cacicazgo”, “estado”, “clásico” o “formativo” no pueden definirse y caracterizarse por una serie de rasgos cuya combinación en determinada forma explicará su funcionamiento. Y no pueden definirse así porque hacen parte de una teoría de la historia: la evolución social. Sin embargo, de forma recurrente en la arqueología colombiana, los rasgos representados en la presencia o carencia de objetos de cultura material, definen por si solos el contenido de la etapa:

“Durante la etapa de cazadores-recolectores, cuyos límites cronológicos se sitúan entre 13000 y 5000 años antes del presente, de acuerdo con los resultados hasta hoy obtenidos en las excavaciones arqueológicas, el hombre no conoció la cerámica ni la agricultura; por ello, este estudio se conoce también con el nombre de precerámico o preagrícola” (Correal 1990a:41).

Por supuesto no todos los depósitos arqueológicos, vistos inclusive a la luz de una lista de rasgos, resultan fácilmente encajables en una categoría. Este es el caso de Aguazuque en el Altiplano Cundiboyacense. Allí las más antiguas dataciones nos

hablan del formativo, sin embargo no existe una cerámica temprana - objeto que usualmente es un rasgo que "define" esa etapa -. De otra parte, los artefactos encontrados serían indicadores de la etapa lítica o precerámica. Sin embargo, cabe la posibilidad que allí se dieran prácticas agrícolas, entonces tendríamos que crear una nueva etapa - i.e formativo cundiboyacense - o subdividir una de las existentes como lo sugiere Cárdenas (1990:129).

Una década después de la publicación de la última síntesis de la arqueología colombiana que hiciera Reichel-Dolmatoff todavía podemos seguir confiando nuestra curiosidad a la "cantidad y calidad de la evidencia disponible". Esto es si entendemos el cambio y la diversidad social en términos de rasgos compartidos y no de diferencias en los contenidos, en una perspectiva diacrónica.

En el pasado, de la arqueología colombiana, ya habían sido criticados los modelos que intentaban aproximarse a las culturas a partir de rasgos definidos como característicos.

"Las anteriores y otras interpretaciones que de los hechos culturales de los indios del cuenca del Cauca hace Trimborn (1949), suponen un proceso rígido en la evolución de la cultura humana, la existencia de estadios sucesivos, que si bien han sido registrados en algunos pueblos, ello no significa que sus antecedentes y consecuencias deban manifestarse forzosamente en todos los grupos." (Duque 1970:63).

Sin embargo estas críticas no se fundamentaban en los contenidos de las etapas o en su estrategia metodológica, se basaban en un profundo desacuerdo en las condiciones de cambio de las sociedades:

"Consideramos este criterio como anticuado, - se refiere a las periodizaciones basadas en contenidos específicos - y más tratándose de un área geográfica tan extensa como la cuenca del Cauca, con vías naturales de penetración y desplazamiento, teatro, por lo tanto, de pueblos en constante movilidad, es decir, un ambiente poco propicio para una evolución de las instituciones culturales en la forma como lo sugiere el prestigioso investigador alemán" (Duque 1970:63).

Esto nos lleva más allá del marco producido por la definición de los elementos de una etapa y nos enfrenta con la manera como se ha concebido el cambio social en la arqueología de Colombia. Esta concepción se apoyó en el difusionismo y la creencia de que las sociedades están perfectamente integradas y estables a menos que una fuerza externa las mueva (el colonialismo, los cambios ambientales, etc.). Desde esta perspectiva de la historia, el cambio de las instituciones y estructuras sociales es producido por contactos e influencias entre centros culturales y áreas periféricas. Dichos cambios ocurren entre áreas culturales definidas por rasgos típicos, las diferencias y similitudes de estos rasgos se asocian por períodos que comparten rasgos diagnósticos. Es por ello que la literatura arqueológica consiste en gran medida en descripciones de materiales en un número disperso de sitios pero agrupados por culturas, períodos y regiones arqueológicas. La variabilidad cultural surge por el contacto de ideas llevadas por legiones de invasores o migraciones entre una y otra área cultural, y como al viajar las ideas varían, los cambios en los materiales arqueológicos (objetos cerámicos, líticos o metalúrgicos, tumbas, entre otros) reflejan esas variantes locales de las ideas. Se asume, entonces, que la cultura es un conjunto de normas compartidas (Harris 1978:218-339; Gándara 1980:13-14). Un ejemplo del funcionamiento de este sistema se encuentra claramente ilustrado en la forma en la cual los arqueólogos se han aproximado, reiteradamente, a la historia prehispánica del Valle del Cauca:

“No es claro cómo debemos evaluar estas continuidades y diferencias (*entre el período Ilama y Yotoco*). Indicarían el desarrollo de una misma cultura expuesta a ciertas influencias sociales y tecnológicas de grupos vecinos? O, eventualmente, la llegada de nuevas gentes (como según sus representaciones, rasgos faciales bastante diferentes) quienes se mezclaron con la población original, conservando gran parte de los mitos y creencias de ésta? (*Entre Yotoco y Sonso la interpretación no varía mucho*) En algún momento la sociedad (...) que denominamos Yotoco desaparece y es reemplazada por otra, (...) Parece que este cambio fue parte de un movimiento de gentes sobre una extensa zona de la región Andina (...) En

algunas zonas es, inclusive, posible que estas nuevas poblaciones llegaran en varias oleadas (*Definen un "núcleo" de unos 5.000 Kmts para la "cultura Sonso" afuera del cual*) se encuentran los vestigios culturales de un buen número de grupos (...) relacionados culturalmente. Compartían detalles de la forma y decoración de la cerámica, en la tradición orfebre y en la costumbre de enterrar sus muertos en tumbas profundas de pozo con cámara lateral (...) a este gran conjunto de grupos relacionados (*se ha propuesto*) denominar el horizonte, serie, o tradición Sonsoide (...) Aunque este concepto fue rechazado (cfr. Herrera 1984: 129-139) últimamente ha venido cobrando fuerza nuevamente. Sin usar el término como una camisa de fuerza, si parece ser un **concepto útil para interpretar** el gran número de agrupaciones sociales del área con sus similitudes y diferencias" (Cardale et al. 1989:14, 21; énfasis agregado y palabras en itálicas).

Es contradictorio que si la historia es cambiante, dinámica, se puedan definir etapas en el pasado o el presente en las que el "sistema social" está en equilibrio y hay un orden. Esto, entonces, significaría que los supuestos de muchos arqueólogos funcionan. Pero el objeto de estudio de la historia no son los conceptos (categorías abstractas, ideales y ahistóricas) creadas para entender las transformaciones de las sociedades, son las condiciones que hacen que tales transformaciones sean regulares. Pero a niveles de análisis de días, meses o algunos años, la arqueología no tiene nada que decir -pues se supone que estudiamos el cambio social a largo plazo- al igual que al estudiar comparativamente las trayectorias de cambio apelando a términos como "Mesoamérica", "Área Intermedia", "Formativo", "Desarrollos regionales", "Cacicazgos", "Edad media". Estos últimos son términos que sólo ayudan a organizar la información relativa a algunas sociedades.

De la sin(tesis) y el dato

Como ya hemos dicho, de forma general las síntesis surgen en momentos de coyunturas sociales en los cuales la creación de un

pasado acumulativo y ordenado se hace deseable, y en esa medida son necesarias. Con ellas se intenta dar coherencia a la historia, explicando la trayectoria de un grupo de tal forma que se autentique su presente y se prevea su futuro. Sin embargo, a largo plazo la preocupación por el alcance, aplicación y nomenclatura de las síntesis y los períodos que la conforman, lleva a que las discusiones entre los especialistas en el pasado no establezcan una clara distinción entre los problemas teóricos (períodos y/o culturas llevados al nivel de categorías científicas), metodológicos (cómo descubrir las evidencias de los períodos o culturas) y de acceso (no se encuentra la evidencia adecuada de tales períodos o culturas); momento en el cual las discusiones sobre síntesis y períodos resultan inútiles. Es entonces cuando se recurre a la reformulación de la síntesis intentando aclarar aquellos puntos más confusos y resaltando aquellos que un autor particular considera que lo ameritan dentro del nuevo contexto social. De este modo, se obvian los errores a los cuales se les podía atribuir “el mal funcionamiento” de la historia, al tiempo que se establecen nuevas reglas para el juego: así se rectifica el camino y se posibilita que la Historia cumpla una de sus principales funciones sociales al servir de cimiento para la estructura de las naciones.

Es dentro de esta Historia, derivándose de la misma si se quiere, que ha surgido la arqueología colombiana. En consecuencia, el proceso de generar la historia arqueológica o prehistoria, como algunos prefieren llamarla, conlleva una contradicción intrínseca que implica un desgaste eterno: las síntesis como los períodos “históricamente significativos” que de ellas se derivan y la conforman, sugieren a los investigadores ciertas respuestas. De este modo se logra una historia coherente, pero por esa vía, la forma como se generan las preguntas que deben alimentarla dejan de ser relevantes, perdiendo todo sentido. El resultado es una historia coherente pero inmóvil. La gran ventaja, si es posible todavía tener alguna, es que la historia arqueológica puede ser reducida a una columna, que sugiere continuidad, en la cual los nombres - de sitios, etapas, períodos, potreros o fincas - van acompañados de números que representan fechas absolutas con las cuales se garantiza la autenticidad del hecho histórico. Sin embargo, la cuestión por discutir sigue siendo la validez de las preguntas que permitieron generar tan primoroso gráfico.

No es que exista nada de malo en las "taxonomías del tiempo" (períodos, etapas, edades, fases, etc.) en tanto obedezcan y sean empleados como principios organizativos de la historiografía (Heller, 1989). Evidentemente son un recurso ineludible para describir y aproximarse a la realización de comparaciones entre procesos que se dieron en diversos lugares resaltando sus semejanzas y diferencias. Otra cosa muy diferente es suponer, como ha ocurrido en la historia arqueológica colombiana, que estas categorías están diseñadas para orientar o explicar los resultados de la investigación. No podemos depender de listas, angustiosamente semejantes a recetas de cocina, para definir los contenidos y el sentido de los datos que soportan las problemáticas que supuestamente estudiamos. Tampoco podemos dejar que la formulación de preguntas sobre cómo y por qué cambian las sociedades dependa de la "evidencia apropiada" (por medio de la cual se evalúa generalmente la validez de las periodizaciones). Aun menos aceptable es que permitamos que el mecanismo del "avance" en nuestro conocimiento se cifre en una fecha absoluta, con una oscura asociación a materiales arqueológicos, que posibilitan la ampliación geográfica y/o cronológica de una etapa, generando el espejismo de un contenido. De forma generalizada, la periodización en la arqueología colombiana solo ha servido para disimular su pobreza en los contenidos. Simplemente con el uso de las categorías a las que nos acostumbramos no fue necesario ir más allá y llegar a la realización de comparaciones, que no fueran las de los simples objetos. Sin preguntas que responder y obligados a incluir sitios particulares en una etapa, como estrategia explicativa, bastaba con una fecha y unas pocas muestras de cultura material - léase líticos y/o cerámica -. Los análisis, entonces se redujeron a las descripciones tipológicas, a partir de las cuales se buscaban semejanzas con los materiales de otros yacimientos arqueológicos. Así se podía obtener un mapa que invariablemente sugería desplazamientos, pero el cual se encontraba vacío en términos de explicar las condiciones que impulsaban los cambios sociales, y sólo confirmaba el vicio del uso repetido de la horizontalidad para el manejo de la información en la arqueología colombiana. Irónicamente el progreso de nuestra ciencia se ha evaluado reforzando una vieja ilusión: se cree que la acumulación de detalladas secuencias cronológicas e información sobre tipos de vajilla, tumbas, viviendas,

comida, vestido, contextura física, para cierta “cultura o región arqueológica” acompañada a su vez por relatos antiguos - si son del siglo XVI mejor -, mapas, dibujos, fotos, perfiles de excavación, diagramas de polen, estudios de suelos, secciones delgadas y una que otra estadística constituyen un avance que demuestra un alto nivel científico (crf. Duque 1988:3). Este genera “debates” los cuales consisten en la presentación de *nuevos datos*. Sin duda avanzamos, pero en círculos.

No debe ser importante, como lo ha sido durante tantos años, encontrar el sitio superlativo: más antiguo, más grande, más lejano, más enterrado, mejor ubicado o con mayor estratificación. En tanto podamos creer que conocemos la “historia pre” de una región porque contamos con un buen número de fechas de radiocarbón - i.e el Valle del Cauca es más conocido que la Costa Pacífica que tiene ese porcentaje menor de fechas de radio Carbón - o porque los relatos de los siglos XVI y XVII se pueden extender indefinidamente hacia el pasado iluminando su oscuridad, careceremos de preguntas. Parecería que ante las bibliotecas - y ceramotecas - llenas de información que podría dar respuestas, nos hemos quedado sin preguntas.

Creemos que los problemas más fructíferos que atañen a los arqueólogos no son, como se ha creído desde Schliemann y su Troya hasta Indiana Jones y el santo Grial, la búsqueda y descubrimiento de sitios arqueológicos (en lo cual los g.uaqueros llevan una clara delantera) para su posterior interpretación. Interpretación que por demás sólo llega al nivel del inventario de su contenido físico. Pensamos que la creación y el examen de modelos cuyo propósito sea explicar el cambio social a un nivel universal, pero cuya corroboración empírica es posible a nivel local, debe ser el oficio del arqueólogo.

Mientras se siga creyendo que el problema de los arqueólogos es descubrir, clasificar e interpretar (en ese orden) y que los debates consisten en presentar “nuevos datos” y no en buscar la corroboración empírica de modelos de cambio social, la “falta de evidencia” como justificación de cualquier investigación se basará en una lógica tan certera (y tan ingenua) como la del Doctor Torres. Todo lo anterior parece reducir nuestras alternativas a dos acciones: evaluar y reformular los planteamientos que hemos venido siguiendo o, suponer que hemos hecho hasta donde es

posible y asumir que solamente podrán darse cambios en el rumbo de la arqueología en el momento en el que adquiramos nuevas tecnologías que permitan que más y mejores datos alimente el registro arqueológico.

